

## INTRODUCCIÓN

Para cualquiera que desee el triunfo de la democracia en los entornos más hostiles e insólitos, la primera década del nuevo milenio ha estado marcada por una sensación de cruel decepción, cuando no de aplastante desilusión. La, en apariencia, inexorable marcha hacia la libertad que comenzó a finales de la década de los ochenta no sólo se ha detenido, sino que tal vez haya dado media vuelta.

Expresiones como «retroceso de las libertades» han empezado a romper el circuito de los grupos de expertos para colarse en las conversaciones públicas. En un estado de serena desesperación, un número creciente de diseñadores de políticas occidentales comenzaron a admitir que el Consenso de Washington (aquel conjunto de dudosas políticas que en su momento prometieron un paraíso neoliberal a precio de ganga) ha sido sustituido por el Consenso de Pekín, que se jacta de proporcionar prosperidad rápida y sucia sin molestarse por las enojosas instituciones de la democracia.

Occidente ha tardado en descubrir que la lucha por la democracia no se ganó en 1989. Durante dos décadas ha estado durmiendo en sus laureles, a la espera de que Starbucks, MTV y Google se encargaran del resto. Este enfoque liberal de la democratización ha demostrado su impotencia ante el autoritarismo floreciente, que se ha adaptado de manera magistral a este nuevo mundo hiperglobalizado. El autoritarismo de hoy es amigo del hedonismo y el consumismo, de forma que Steve Jobs y Ashton Kutcher merecen mucho más respeto que Mao o Che Guevara. No es de extrañar que Occidente parezca desorientado. Mientras que los soviéticos pu-

dieron ser liberados agitando la varita mágica de los tejanos, las máquinas de café exclusivas y el chicle barato, ese truco no vale para China. Al fin y al cabo, de ahí proceden todos esos bienes de consumo occidentales.

Muchos de los signos que hace pocos años prometían más democratización nunca llegaron a materializarse. Las llamadas «revoluciones de color» que han barrido la ex Unión Soviética durante la última década han producido resultados bastante ambiguos. No deja de ser irónico que las antiguas repúblicas soviéticas más autoritarias (Rusia, Azerbaiyán, Kazajistán) descubrieran la enorme utilidad de dichas revoluciones, tras haber localizado y remendado sus puntos vulnerables. Mi país natal, Bielorrusia, en su momento definido por Condoleezza Rice como el último baluarte de la tiranía en Europa, es tal vez el más astuto del grupo. Continúa deslizándose hacia una extraña forma de autoritarismo, en que la glorificación del pasado soviético a cargo de su despótico gobernante se mezcla con el creciente apego que siente la mayor parte de su despreocupada población por los coches veloces, las vacaciones caras y los cócteles exóticos.

Las guerras de Afganistán e Irak, que fueron iniciadas, por decir algo, para propagar el evangelio de la libertad y la democracia, han perdido también gran parte de su potencial emancipador inicial, desdibujando todavía más la línea que separa «cambio de régimen» de «promoción de la democracia».

Por ello, es fácil olvidar, aunque sólo sea por motivos terapéuticos, que Occidente aún tiene la obligación de defender los valores democráticos, condenar la violación de los derechos humanos y reprender a aquellos que abusan de su cargo y de sus ciudadanos. Por fortuna, en el siglo XXI ya no es necesario promover la causa de la democracia. Hasta los más escépticos se muestran de acuerdo en que un mundo en el que Rusia, China e Irán se ciñan a las normas democráticas será un mundo más seguro.

Sin embargo, existe muy poco consenso sobre el tipo de métodos y políticas más eficaces que puede utilizar Occidente

para promover la democracia. Como las últimas décadas han ilustrado de manera tan acertada, las buenas intenciones son insuficientes. Hasta los intentos más nobles pueden fracasar, lo que consolida el autoritarismo. Las imágenes de las horrendas torturas infligidas a los prisioneros de Abu Ghraib fueron el resultado, aunque indirecto, de un enfoque concreto de la promoción de la democracia. No funcionó exactamente como habían previsto.

Por desgracia, cuando la visión neoconservadora de la democracia cayó en descrédito, ninguna alternativa viable vino a llenar el vacío. Si bien George Bush se excedió con su excesiva retórica del culto a la democracia, da la impresión de que sus sucesores han abandonado la retórica, el espíritu y cualquier deseo de articular un posible «programa de libertad» post-Bush.

Pero el silencio de Obama implica algo más que su razonable intento de presentarse como un anti-Bush. Probablemente, su silencio es un síntoma de un malestar bipartidista, preocupante en extremo: la creciente fatiga de Occidente respecto del proyecto de promover la democracia. Dicho proyecto sufre por culpa no sólo de la mala publicidad, sino también de una crisis intelectual de raíces muy profundas. La resistencia del autoritarismo en lugares como Bielorrusia, China e Irán no se debe a que sus «socios» occidentales no hayan intentado agitar la situación para promover una revolución democrática. Por desgracia, casi todas esas iniciativas occidentales fracasan, lo cual incrementa el atractivo de muchos dictadores, quienes blanden la amenaza de que países extranjeros están inmiscuyéndose en los asuntos nacionales. Decir que no existe un buen proyecto para lidiar con el autoritarismo moderno es quedarse muy corto.

Perdidos en sus propias estrategias, los líderes occidentales suspiran por algo que garantice eficacia. Muchos de ellos vuelven la vista hacia el triunfo más impresionante y menos ambiguo de la democracia en las últimas décadas: la disolución pacífica de la Unión Soviética. No es sorprendente (¿y

quién puede culparlos por querer reforzar la confianza en sí mismos?) que tiendan a exagerar su papel a la hora de precipitar la caída. Como resultado, muchas estrategias occidentales ensayadas en aquel tiempo, como introducir de contrabando fotocopiadoras y máquinas de fax, para así facilitar el flujo de *samizdat*,\* y apoyar retransmisiones de radio desde Radio Europa Libre y la Voz de América, reciben más mérito del que merecen.

Este tardío triunfalismo de la guerra fría da como resultado una enorme y lógica falacia. Puesto que la Unión Soviética cayó, se da por sentado que dichas estrategias fueron eficaces, cruciales, de hecho, para lograrlo. Las implicaciones de este punto de vista para el futuro de la promoción de la democracia son tremendas, pues sugiere que grandes dosis de información y tecnología de las comunicaciones devienen letales hasta para los regímenes más represivos.

Gran parte del actual entusiasmo por internet, sobre todo las enormes esperanzas depositadas en su eficacia para abrir sociedades cerradas, es el resultado de estas selectivas y, en ocasiones, incorrectas lecturas de la historia, reescritas para glorificar el genio de Ronald Reagan y minimizar el papel de las condiciones estructurales y las contradicciones inherentes del sistema soviético.

Debido a estos motivos históricos, internet entusiasma a numerosas personas decisivas, expertas y hábiles, que en realidad no deberían engañarse. Al observarlo a través del prisma de la guerra fría, adjudican a internet cualidades casi mágicas. Para ellas, es la «chuleta» definitiva que podría ayudar a Occidente a derrotar por fin a sus adversarios autoritarios. Teniendo en cuenta que se trata del único rayo de luz en un oscuro túnel intelectual de la promoción de la democracia, la importancia de internet en la futura planificación política está garantizada.

\* Copia y distribución clandestina de literatura prohibida por el régimen. (*N. del t.*)

Y a primera vista parece una idea brillante. Es como Radio Europa Libre con esteroides. Además, resulta barato. No es necesario pagar programación, retransmisión y, si todo lo demás falla, propaganda. Al fin y al cabo, los usuarios de internet pueden descubrir ellos solos la verdad sobre los horrores de sus regímenes, sobre los encantos de la democracia y el irresistible atractivo de los derechos humanos universales, tan sólo utilizando herramientas como Google y siguiendo a sus amigos más versados en política en redes sociales como Facebook. En otras palabras, que tuiteen, y tuiteando alcanzarán la libertad. Según esta lógica, el autoritarismo se vuelve insostenible en cuanto se eliminan las barreras a la libre circulación de información. Si la Unión Soviética no pudo sobrevivir a un pelotón de panfletistas, ¿cómo sobrevivirá China a un ejército de blogueros?

No debe sorprendernos, pues, que el único lugar donde Occidente (sobre todo Estados Unidos) se muestra descaradamente ansioso por promocionar la democracia sea el ciberespacio. La Agenda Libertad sale de escena; entra la Agenda Twitter. Es muy simbólico que el único discurso importante sobre la libertad pronunciado por un miembro destacado de la administración Obama haya sido el de Hillary Clinton sobre la libertad en internet, en enero de 2010. Parece una apuesta segura: aunque internet no lleve la libertad a China o Irán, puede lograr que la administración Obama aparente contar con el equipo de política exterior más tecnológicamente capacitado de la historia. Los mejores y más brillantes son también ahora los más versados en informática. La Doctrina Google (la fe entusiasta en el poder liberador de la tecnología, acompañada por el irresistible impulso de alistar a las nuevas empresas de Silicon Valley en la lucha global por la libertad) posee cada vez más atractivo para los diseñadores de políticas. De hecho, muchos de ellos se muestran tan optimistas sobre el potencial revolucionario de internet como sus colegas del sector empresarial a finales de los noventa. ¿Qué podría salir mal?

Muchas cosas. Una vez estallan, las burbujas bursátiles poseen escasas consecuencias letales. En cambio, las burbujas democráticas podrían conducir con facilidad a una carnicería. La idea de que internet favorece a los oprimidos antes que al opresor resulta falseada por lo que yo llamo «ciberutopismo»: una fe ciega en la naturaleza emancipadora de la comunicación la red, que descansa sobre una tozuda negativa a reconocer sus inconvenientes. Surge del ingenuo fervor digital de los noventa, cuando antiguos *hippies*, en esa época instalados cómodamente en las universidades más prestigiosas del mundo, se lanzaron a una fiesta discursiva para demostrar que internet podía lograr lo que los sesenta no pudieron: fomentar la participación democrática, provocar el renacimiento de comunidades moribundas, fortalecer la vida asociativa y servir de puente entre correr solo y bloguear juntos. Y si funciona en Seattle, también ha de funcionar en Shanghai.

Los ciberutopistas se dispusieron a construir unas Naciones Unidas nuevas y mejoradas, pero acabaron con un Cirque du Soleil digital. Aunque fueran ciertas (y el «aunque» es gigantesco), sus teorías se adaptaron con mucha dificultad a contextos no democráticos ajenos a Occidente. Es posible que los gobiernos elegidos democráticamente en Norteamérica y Europa Occidental consideren positiva la revitalización de sus esferas públicas mediante internet. Es lógico que prefieran mantenerse alejados del cajón de arena digital, siempre que no ocurra nada ilegal. Por su parte, los gobiernos autoritarios han invertido tantos esfuerzos en reprimir cualquier forma de libertad de expresión y de reunión, que nunca se comportarían de una forma tan civilizada. Los primeros teóricos de la influencia de internet en la política no dejaron espacio para el Estado, y mucho menos para un Estado autoritario brutal que no tolera el imperio de la ley ni las opiniones discrepantes. Desde luego, el libro que descansaba sobre la mesita de noche de los ciberutopistas a principios de los noventa no era el *Leviatán* de Hobbes.

Los ciberutopistas, que no previeron la reacción de los

gobiernos autoritarios a internet, tampoco predijeron lo útil que resultaría para los propósitos propagandísticos de éstos, la maestría con que los dictadores aprenderían a utilizarlo para vigilar a sus súbditos, ni hasta qué punto se perfeccionarían los sistemas modernos de censura en internet. En cambio, la mayoría de los ciberutopistas se ciñeron al discurso populista según el cual la tecnología dota de poder al pueblo, que, oprimido por años de gobierno autoritario, se rebelará inevitablemente, automovilizándose a base de mensajes de texto, Facebook, Twitter y las herramientas que surjan el año que viene (al pueblo, es preciso comentarlo, le encantan estas teorías). De forma paradójica, en su rechazo a admitir los aspectos negativos del nuevo entorno digital, los ciberutopistas acabaron minimizando el papel de internet, pues se negaron a reconocer que se infiltra y remodela todos los caminos de la vida política, no sólo los que conducen a la democratización.

Yo mismo estuve intoxicado de ciberutopismo hasta hace muy poco. Este libro constituye un intento de llegar a un pacto con esta ideología, así como una advertencia contra la perniciosa influencia que ha obrado, y muy probablemente continuará obrando, en la promoción de la democracia. Mi historia es la típica de una persona joven e idealista, convencida de haber encontrado algo capaz de salvar el mundo. Tras haber sido testigo del deterioro de las libertades democráticas en mi Bielorrusia natal, me sentí atraído por una ONG cuyo objetivo era promover la democracia y la reforma de los medios en el antiguo bloque soviético con la ayuda de internet. Blogs, redes sociales, wikis: contábamos con un arsenal de armas que parecían mucho más poderosas que las porras de la policía, las cámaras de vigilancia y las esposas.

Sin embargo, al cabo de unos atareados años viajando por la antigua región soviética y reuniéndome con activistas y blogueros, mi entusiasmo inicial se deterioró. No sólo nuestras estrategias fracasaban, también observábamos un retroceso significativo en los gobiernos a los que queríamos desa-

fiar. Estaban empezando a experimentar con la censura, y algunos habían llegado al extremo de introducirse de manera agresiva en los nuevos medios, pagando a blogueros para que difundieran propaganda y trolleando en las redes sociales a la busca de nueva información sobre los opositores. Entre tanto, la obsesión occidental con internet y el apoyo monetario que garantizaba sólo consiguió empeorar las cosas en muchos de los países en los que yo trabajaba. Como era de esperar, numerosos blogueros con talento y nuevos empresarios de los medios prefirieron trabajar para los proyectos occidentales, muy bien pagados pero ineficaces por completo, en lugar de intentar crear proyectos propios, ágiles, sostenibles y, sobre todo, eficaces. Por consiguiente, todo cuanto hacíamos (con generosas donaciones de Washington y Bruselas) daba la impresión de producir resultados contrarios a los que deseaba mi yo ciberutopista.

Resultaba tentador alzar las manos al aire, desesperado, y rendirse por completo a internet. Pero ésa habría sido la lección equivocada que habría extraído de mis decepcionantes experiencias. Asimismo, sería una equivocación que los diseñadores de políticas occidentales desearan internet como una causa perdida y se dedicaran a temas más grandes e importantes. Tal derrotismo digital se convertiría en un juguete en manos de los gobiernos autoritarios, que estarían encantados de continuar utilizándolo como zanahoria (manteniendo entretenido al pueblo) y como palo (castigando a los que osaran desafiar la línea oficial). En realidad, la lección que debe extraerse es que internet es algo perdurable cuya importancia continuará aumentando, y quienes se preocupan por difundir la democracia no sólo tendrán que lidiar con ello, sino que también deberán encontrar mecanismos y procedimientos para procurar que nunca más vuelva a producirse en el ciberespacio una trágica metedura de pata de la envergadura de Abu Ghraib. No se trata de una posibilidad desatinada. ¿Cuesta tanto imaginar que un sitio como Facebook revele sin querer la información privada de activistas

iraníes o chinos, descubriendo a los gobiernos de sus países las relaciones secretas entre los activistas y sus financiadores occidentales?

Para ser verdaderamente eficaz, Occidente ha de hacer algo más que purificarse con enfoques ciberutopistas y adoptar una postura más realista. En lo que concierne a dar pasos concretos hacia la promoción de la democracia, las convicciones ciberutopistas suelen suscitar un enfoque igualmente defectuoso, que he bautizado como «internet-centrismo». Al contrario que el ciberutopismo, el internet-centrismo no es un conjunto de creencias, sino una filosofía de acción que informa de cómo se toman las decisiones, incluidas las relativas a la promoción de la democracia, y cómo se forjan las estrategias a largo plazo. Si el ciberutopismo estipula lo que hay que hacer, el internet-centrismo estipula cómo debería hacerse. A los internet-centristas les gusta contestar a todas las preguntas sobre el cambio democrático a base de replantearlas en términos de internet, en lugar de pensarlas en el contexto donde el cambio ha de producirse. Con frecuencia, olvidan por completo la naturaleza política de la tecnología, sobre todo de internet, y les gusta pergeñar estrategias sobre la base de que la lógica de internet, que en la mayoría de los casos sólo perciben ellos, modelará cualquier entorno en el que se infiltre, en lugar de al revés.

Si bien casi todos los utopistas son internet-centristas, estos últimos no son necesariamente utópicos. De hecho, a muchos les gusta considerarse individuos pragmáticos que han abandonado las grandes teorías sobre la utopía para lograr resultados tangibles. A veces, hasta se sienten ansiosos por reconocer que se necesita algo más que bytes para fomentar, instalar y consolidar un régimen democrático fuerte.

Sus convicciones realistas, no obstante, en pocas ocasiones compensan su metodología defectuosa, que prioriza la herramienta antes que el entorno y, por tanto, hace oídos sordos a las sutilezas y ambigüedades sociales, culturales y políticas. El internet-centrismo es una droga que desorienta

mucho. Hace caso omiso del contexto y conduce a los diseñadores de políticas a creer que cuentan con un aliado útil y poderoso. Llevado al extremo, conduce al orgullo desmesurado, la arrogancia y una falsa sensación de seguridad en uno mismo, todo ello reforzado por la peligrosa ilusión de haber conseguido el dominio absoluto de internet. Con frecuencia, sus practicantes se sienten poseedores del control total de su herramienta favorita, que consideran una tecnología estable y concluida, ajenos a las numerosas fuerzas que remodelan internet sin cesar, no todas para mejor. Al tratar internet como una constante, olvidan la responsabilidad de conservar su libertad y refrenar a los intermediarios todopoderosos, empresas como Google y Facebook.

A medida que internet desempeñe un papel más importante en la política de Estados tanto autoritarios como democráticos, la presión para olvidar el contexto y partir de lo que internet permite no hará más que aumentar. No obstante, por sí mismo, internet no aporta nada seguro. De hecho, como se ha demostrado en demasiados ámbitos, otorga poder a los fuertes y despoja de poder a los débiles. No se puede colocar internet en el corazón de la empresa como promotora de la democracia sin poner en peligro el éxito de dicha empresa.

La premisa de este libro es muy sencilla: con el fin de rescatar la promesa de internet de contribuir a la lucha contra el autoritarismo, aquellos occidentales todavía interesados en promover la democracia hemos de alejarnos de la Doctrina Google, abandonando tanto el ciberutopismo como el internet-centrismo. En la actualidad, partimos de un conjunto defectuoso de suposiciones (ciberutopismo) y actuamos utilizando una metodología defectuosa, incluso tullida (internet-centrismo). El resultado es lo que yo llamo «el desengaño de internet». Llevada al extremo, esta lógica puede tener consecuencias globales que quizá socaven el proyecto de promover la democracia. Es una locura que Occidente debería evitar.

En cambio, será necesario optar por políticas basadas en un análisis realista de los riesgos y peligros planteados por in-

ternet, y que se correspondan con un cálculo escrupuloso e imparcial de sus promesas, y por una teoría de la acción que sea sensible al contexto local, es decir, que se halle al corriente de las complejas relaciones entre internet y el resto de la política exterior, y que se origine no en lo que la tecnología permite, sino en lo que precisa un entorno geopolítico determinado.

En cierto sentido, ceder al ciberutopismo y al internet-centrismo es como acceder a boxear con los ojos vendados. Sí, puede que de vez en cuando consigamos asestar fuertes golpes a nuestros adversarios autoritarios, pero es una estrategia mediocre si queremos ganar. La lucha contra el autoritarismo es demasiado importante para llevarla a cabo con una desventaja intelectual voluntaria, aunque esa desventaja nos permita jugar con los gadgets más novedosos.